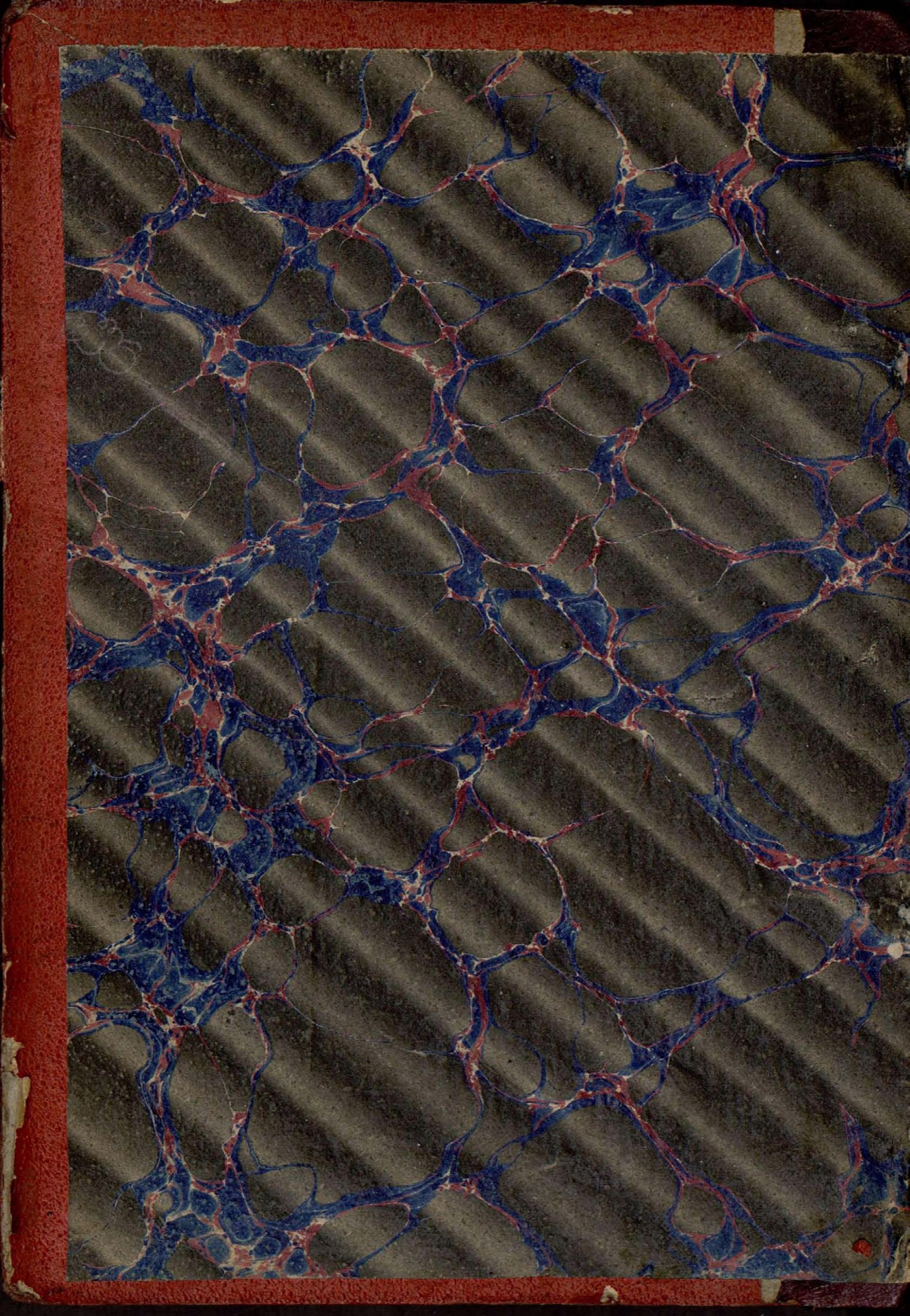


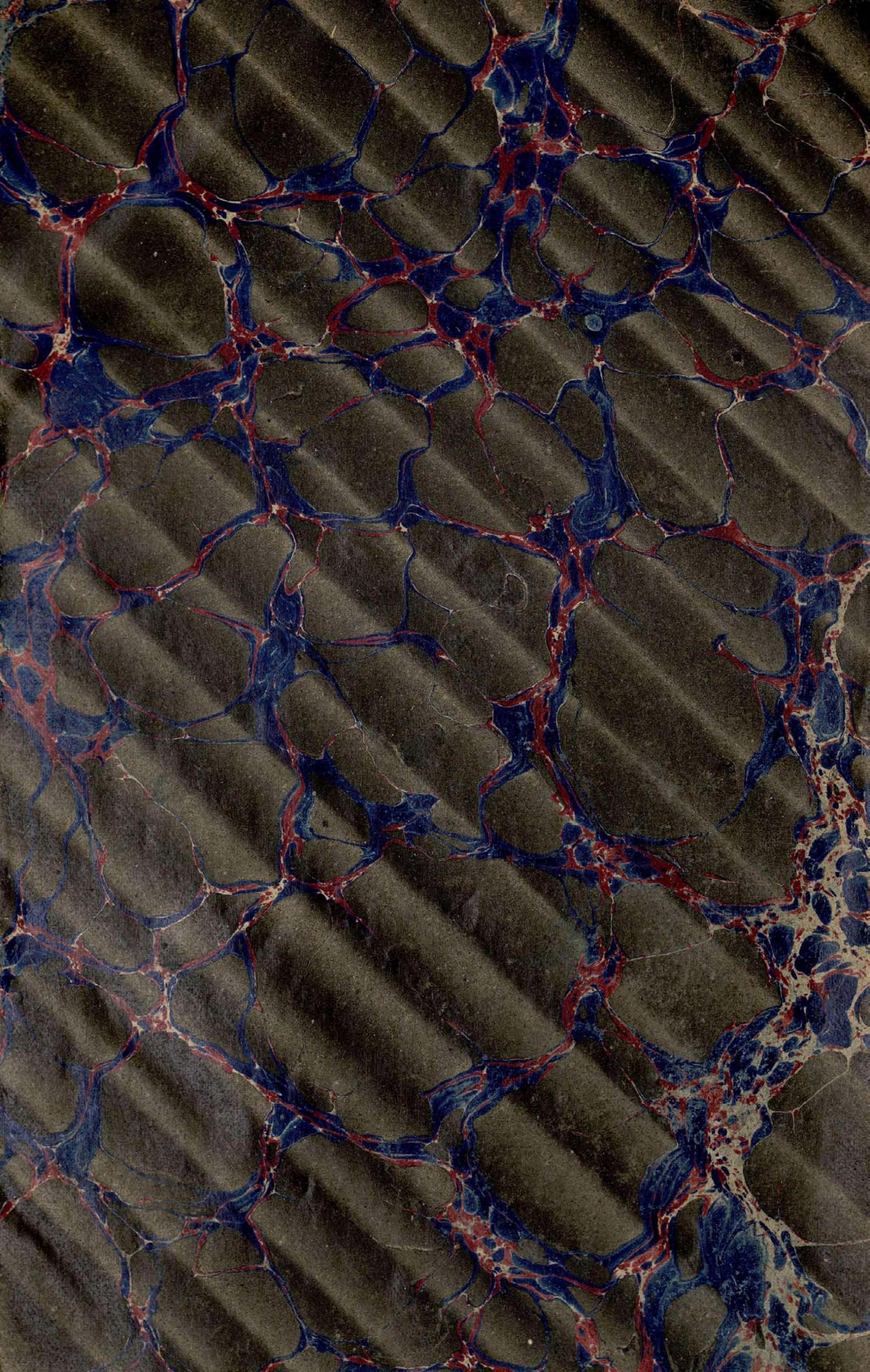
LE VERTIN
DE ESQUILAACHE

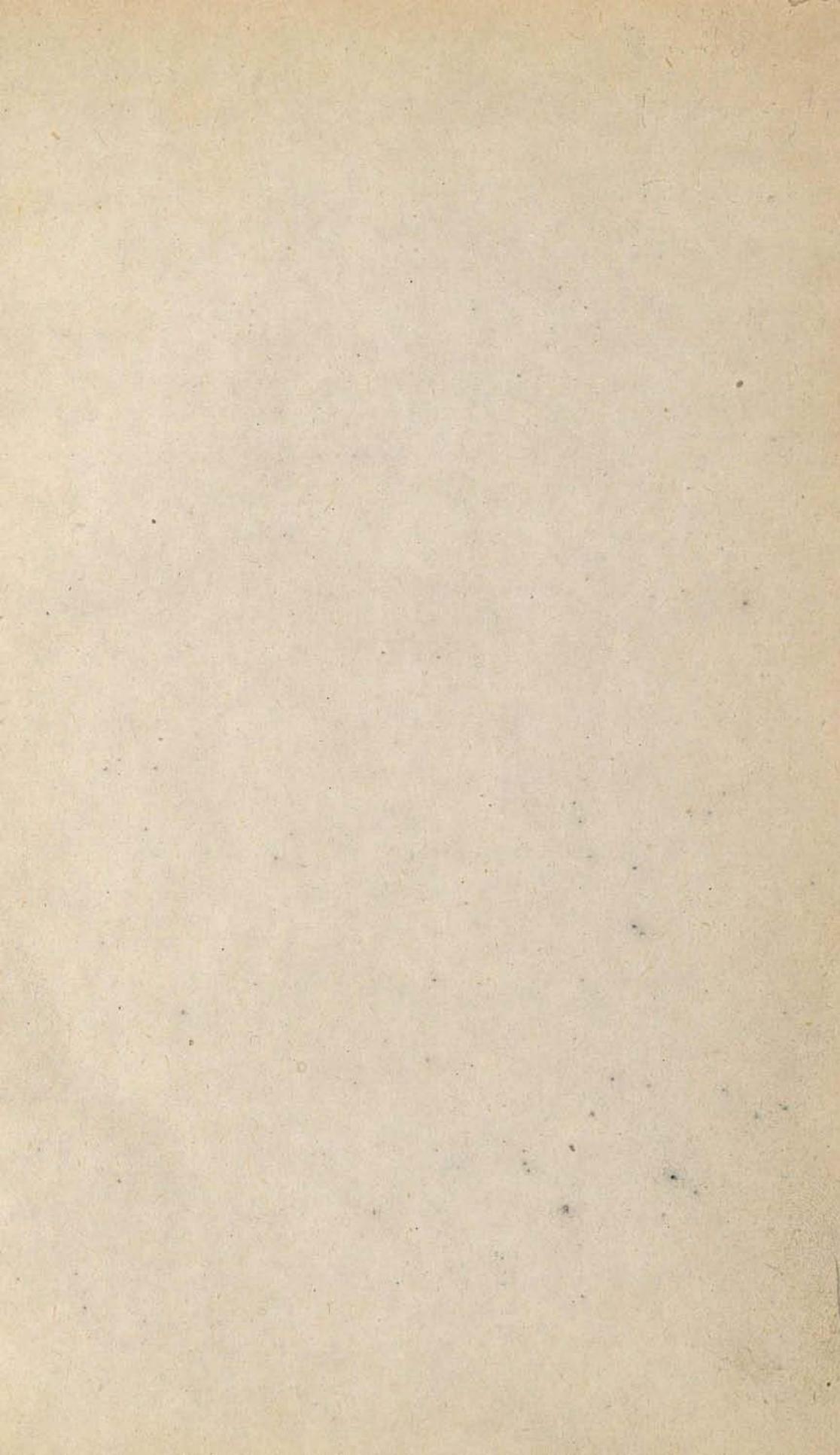
1

A. M.









A-1596/1

R
6566

MANTOS, CAPAS Y SOMBREROS

Ó EL

MOTIN DE ESQUILACHE.



4
2222

MANTOS, CAPAS Y SOMBREROS

18 0

MOTIN DE ESQUILACHE





PORTADA.



MILTON

MANTOS, CAPAS Y SOMBREROS

Ó EL

MOTIN DE ESQUILACHE

NOVELA HISTÓRICA

ORIGINAL DE

D. Manuel Fernandez y Gonzalez.

Tomo I.

URBANO MANINI, EDITOR

CALLE DE SAN BERNARDO, NÚM. 11

MADRID.—1870.

MANOS Y SOMBREROS

6

NOTAS DE ESQUILACHE

NOTAS A HISTÓRICA

Esta obra es propiedad de D. Urbano Manini, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Tomo I

LIBRERIA MANINI EDITOR

CALLE DEL RÍO NÚM. 24, SANTIAGO DE LOS CABALLEROS

Imp. de Santos Larxè, calle del Río, núm. 24.

Capítulo I.

Lo que puede sobrevenir á causa del desbocamiento de un caballo.

Acababan de dar las diez de la noche del 15 de Enero de 1766, cuando dos ginetes, saliendo al galope por la puerta de Segovia de la villa y córte de Madrid, atravesaron la Tela y el puente, y revolviendo á la derecha, siguieron la márgen del Manzanares por un sendero que se extendia entre una espesa alameda.

Los caballos debian conocer el camino, porque de otro modo no hubieran podido avanzar á la carrera, á causa de la oscuridad de aquella noche fría y tempestuosa.

De tiempo en tiempo un relámpago esclarecia las tinieblas y dejaba ver que aquellos dos ginetes iban envueltos en anchas capas y llevaban grandes som-

breros chambergos, á la antigua usanza española, echados sobre el semblante.

El uno precedía al otro.

Parecian amo y criado, por un no sé qué característico que no podia explicarse.

Caía espesa y violenta la lluvia, y un viento impetuoso hacia zumbar de una manera lúgubre las deshojadas ramas de los árboles.

Alguna vez, al lucir un relámpago, el caballo del ginete delantero se detenía, se encabritaba y resistía á la espuela.

El ginete lanzaba un juramento enérgico, castigaba al caballo, y éste volvía á partir al galope.

Al brillar otro relámpago, el caballo volvía á rebelarse; volvía á jurar y á castigarle el ginete, y el caballo partía de nuevo.

A la tercer rebeldía, el caballo, irritado por el castigo, logró morder el freno, se apoyó en él, partió como una flecha, y se desbocó.

Inmediatamente, y en vista de esto, el otro ginete, el al parecer criado, puso su caballo al escape, con la intencion de ganar ventaja al otro y cortarle.

Pero un caballo desbocado alcanza una rapidez infinita.

Muy pronto el segundo ginete dejó de percibir el ruido poderoso de la carrera del caballo del otro, recogió la rienda, y se detuvo al fin.

—Por santa Bárbara y por todos los santos y santas que truenan y relampaguean,—exclamó,—¿quién diablos sigue á mi amo? ¡Con tal de que el Cómico no

se estrelle contra un árbol!... ¡Ira de Dios! ¡Y si al marqués se le ocurre pensar que esta es una mentira, que no ha habido tal desbocamiento, y que mi amo no se atreve á ir á la cita por cobardel... ¡Ah! Esto será un motivo más para que mi amo, si es que no perece, le mate otro día con doble placer; en fin, es necesario ir al lugar convenido, y decir á los que allí deben estar ya, sin duda, lo que acaba de acontecer.

Después de este razonamiento, el gineté puso su caballo al trote, y al llegar frente al lugar en que más tarde se construyó la ermita de San Antonio de la Florida, revolvió su caballo á la izquierda, y se alejó á campo atravesado.

Entre tanto, el caballo desbocado avanzaba con una rapidez á cada momento más terrible, arrastrando consigo á su gineté.

Esté, firme en los arzones y en la imposibilidad de dominar al caballo, se abandonaba á la situación.

Debia llegar un momento en que el animal, no pudiendo más, cayese reventado.

Esto no debia tardar.

Un caballo, lanzado de tal manera, recorre en cinco minutos la primera legua, en diez la segunda.

Al fin se detiene, vacila sobre sus remos, lucha un momento, y cae.

Esto fué lo que aconteció.

Al cuarto de hora de carrera, el Cómico cayó reventado.

Pero no arrastró en su caída á su gineté.

Este, al detenerse el caballo, habia desmontado rápidamente.

Poco despues el animal cayó.

Le examinó el ginete, y le encontró muerto.

Entonces sacó de las fundas las pistolas que iban en el arzon, y se las enganchó á la cintura.

Reconoció el terreno á la pasajera luz de un relámpago.

Estaba en una espesa arboleda, por medio de la cual atravesaba el sendero que el Cómico habia recorrido.

No podia dudar de que estaba cerca del Manzanares, por el ronco mugido de la avenida producida por el temporal, que resonaba á poca distancia.

—Este es un contratiempo,—dijo con voz opaca y colérica,—que no era fácil prever: y bien, que piense lo que quiera el marqués de Arosa al ver que no acudo al duelo; afórtunadamente no me he estrellado, y puedo matarle con mucha más razon, si se atreve á decir que no he acudido al sitio por cobarde... ¡Ira de Dios! ¡Miserable! ¡Haberse atrevido á decir que su alteza me prodiga sus miradas y sus sonrisas, y que yo me pierdo de noche como una sombra por la portería de damas!...

Entre tanto, la lluvia arreciaba, el viento silbaba, rugia, retronaba con una violencia sin igual, rompiéndose contra los árboles, cuyas ramas producian un ruido lúgubre; los relámpagos se repetian cada vez con más frecuencia, el frio se hacia insoportable: era necesario buscar un abrigo.

—Debo estar cerca del Pardo, más acá ó más allá,—dijo el incógnito;—pero ¿cómo averiguarlo?

En aquel instante, el viento, arrastrando consigo dos campanadas de un reloj, respondió á la pregunta del incógnito.

—¡Ah!—dijo éste;—el reloj de Palacio; las diez y media: debo estar cuando más á un medio cuarto de legua del Pardo; adelante. ¡Pobre Cómico! No creía yo que iba á perderte, y que tu mal genio me iba á colocar en una situación enojosa. Adelante, adelante: un buen bicho ménos, y una poca de paciencia más.

Y se puso en marcha.

Pero era muy difícil esta marcha, á causa de la oscuridad.

El caballo habia seguido el camino por instinto, y su gineté no estaba dotado de un instinto semejante.

Se le oponian las accidentaciones del terreno, y á cada momento tropezaba con un árbol.

Cuando lucia un relámpago, veia que estaba perdido en un laberinto.

De repente apareció una luz á alguna distancia, ó mejor dicho, un cuadrado luminoso determinado por el reflejo de una luz en los cristales de una ventana.

Cerca habia una habitacion: sin duda una casa de campo.

El incógnito avanzó hácia aquella luz, que á cada momento desaparecia y volvía á aparecer, á causa de la continua interposicion de los árboles.

Al fin, un nuevo relámpago le dejó ver que había salido á un espacio despejado.

A alguna distancia, sobre una pequeña eminencia, había visto una casa blanca.

Cuando se apagó el relámpago, apareció otra vez el reflejo de la luz en la vidriera de la ventana.—

Nuestro hombre avanzó hácia la casa, y tardó poco en estar al pié de aquella ventana que reflejaba la luz.

Un nuevo relámpago le dejó ver que una gruesa parra trepaba hasta la ventana y la coronaba.

En el verano, aquella parra debia prestar á aquella ventana un dosel de pámpanos.

Aquella parra era una especie de escala que facilitaba el acceso á la ventana.

La casa estaba envuelta en un silencio profundo. Sólo se oía el áspero rechinar de una veleta, que obedecía al impulso del viento.

¿Quién podia velar en aquella casa, en una hora en que generalmente los habitantes del campo están entregados al sueño?

El incógnito sintió una extraña curiosidad, y le acometió la tentacion de trepar por la parra, llegar hasta la altura de la ventana, y examinar el interior de la habitacion.

—¿Y qué me importa?—dijo, rechazando esta idea.—Llamemos; mucho será que por hidalguía ó por interés no me den hospitalidad.

En aquel momento se abrió violentamente la vidriera.

La forma gentil de una mujer se recortó sobre el reflejo de la luz del interior.

Luego el incógnito oyó una voz jóven, pura, argentina, que dijo con acento irritado:

—Si dais un paso más, me precipito.

Y el cuerpo de la jóven, que muy jóven debía ser á juzgar por su acento la mujer que acababa de hablar, se inclinó hácia afuera.

El incógnito percibió el murmullo de una voz de hombre, que partia del interior, sorda é ininteligible.

Aquel murmullo duró algunos segundos.

A seguida se oyó el crugir de una puerta que se cerraba violentamente.

Despues nada.

La jóven se irguió, se separó de la ventana, y cerró la vidriera.

—¡Ah!—exclamó el incógnito.—Esto es distinto; es necesario que yo conozca á esa mujer. ¡Diablo, hé aquí una aventura que yo no esperaba! Me fastidio, me aburro; ¿quién sabe?

Y el incógnito se asió al tronco de la parra, y trepó con facilidad hasta la altura de la ventana.

Miró: vió una mujer vestida de blanco, sentada en un sillón frente á una chimenea encendida, cuyo reflejo iluminaba fuertemente su semblante.

El perfil de este semblante, iluminado con una tinta de color de rosa, se recostaba sobre el color oscuro de la tapicería de la pared del fondo.

El efecto era puramente fantástico.

Aquella jóven, que apenas aparentaba diez y ocho años, era de una hermosura admirable.

Sus cabellos rubios, espléndidos, caian agrupados en un hechicero desorden sobre sus hombros, y velaban á medias una garganta esbelta, mórbida, voluptuosa.

Una calma sombría era la expresion de aquel hechicero semblante.

Sin embargo, su seno se alzaba y se deprimía de una manera violenta.

A juzgar por su situacion, por la elegancia de su traje y por la riqueza de la habitacion en que se encontraba, era á todas luces una dama.

La aventura habia llegado á tener para el incógnito un interés palpitante.

Un voraz deseo de llamar la atencion de aquella deliciosa criatura, de hablarla, de protegerla, le habia acometido.

Se habia olvidado completamente del duelo á causa del cual habia salido aquella noche de Madrid.

Se sentia dominado por algo dulcísimo, por algo candente, por algo ansioso, por algo incomprendible.

Aquella blanca figura le atraía.

¿Pero qué hacer para no espantarla? ¿Para asegurar una conversacion con ella?

¿Ni cómo por este temor renunciar á la prosecucion de aquella aventura?

¿Qué hacer?

En el semblante del desconocido, iluminado por

el reflejo que partía del interior, se marcaban á un tiempo el asombro, la alegría y la audacia.

Se comprendía claro que estaba bajo el dominio de esa poderosa impresión que precede al amor.

Era jóven, como de veintiseis á veintiocho años, moreno y hermoso.

Llevaba los cabellos peinados y empolvados según la moda de aquel tiempo, los ojos grandes, rasgados, negros, elocuentes, y el bigote, única parte en su barba que no estaba afeitada, sedoso y negrísimo.

Parecía pertenecer á la alta nobleza, y habia en él algo que representaba una audacia infinita y un valor sin limites.

La vacilacion y la decision aparecian sucesivamente en su semblante.

Luchaba: buscaba un medio para hacerse notar de ella, y no encontraba ninguno.

La jóven permanecía inmóvil.

De improviso se levantó y dirigió su vista hácia la ventana.

Era alta y de una esbeltez suma.

El incógnito vaciló.

Si ella se dirigia á la ventana, ¿se deslizaria al suelo?

Debia esperar.

Los grandes ojos azules de la jóven, fijós en la ventana con una expresion profunda, abarcaban en su mirada al incógnito.

Sin embargo, no le veian.

Le envolvía la densa sombra de la noche.

Pero aquella mirada casual embriagaba al incógnito.

—Y bien,—dijo,—suceda lo que quiera: es necesario que yo hable á esa divinidad.

Pero vaciló aún.

La jóven avanzó lentamente hácia la ventana.

A medida que se acercaba, el corazón del incógnito latía con más violencia.

De repente la jóven hizo un movimiento enérgico, como de quien adopta una resolución definitiva, se volvió, tomó una luz que había sobre una mesa, colocada en el centro de la habitación, y se alejó; desapareció al fin.

En el interior no quedó más que la débil claridad procedente del fuego en la chimenea, que se había amortiguado.

—¡Ah! Suceda lo que quiera,—dijo el desconocido;—esa admirable criatura está en peligro, y yo debo protegerla.

Y se puso á desemplomar silenciosamente uno de los vidrios.

Muy pronto pudo meter el brazo y alcanzar la falleba.

Un momento despues la vidriera se abría sin ruido, y el incógnito se deslizaba en la habitación y se despojaba de sus espuelas.

A través de las colgaduras de una puerta se veía el reflejo de una luz.

El desconocido llegó hasta aquella puerta.

La gruesa alfombra apagaba el ruido de sus pisadas.

Miró por la abertura de las colgaduras.

La jóven estaba sentada en un secreter, y escribía.

Capítulo II

— ¡Diable! — dijo para sí — ¿cómo se ha podido escapar esa señora en el interior de la casa? He querido presentarme á ella, pero he tenido una violenta sorpresa.

Amar y misterio.

En aquel momento abrió el ruido el ruido de la ventana que se abrió.

— ¡Ah! — exclamó — ¡Está ahí, está!

Permaneció algún tiempo observando con la mirada fija en la dama.

Al fin abrió las colgaduras, avanzó en silencio se colocó detrás de ella, y pretendió leer por encima

de su hombro lo que escribía.

Pero en aquel momento esta cerraba la carta.

Un movimiento de la dama, como para levantarse, obligó al incógnito á retirarse un tanto para que

al ponerse ella de pie no tropezase con él, como que

Al fin la dama se levantó; pero no vio al desconocido, porque este permaneció á sus espaldas.

Ella adelantó hacia la puerta por donde el desconocido había entrado en aquel gabinete.

Salíó la dama.

Capítulo II.

Amor y misterio.

Permaneció algun tiempo observando con la mirada fija en la dama.

Al fin abrió las colgaduras, avanzó en silencio, se colocó detrás de ella, y pretendió leer por encima de su hombro lo que escribía.

Pero en aquel momento ésta cerraba la carta.

Un movimiento de la dama, como para levantarse, obligó al incógnito á retirarse un tanto para que al ponerse ella de pié no tropezase con él.

Al fin la dama se levantó; pero no vió al desconocido, porque este permanecía á sus espaldas.

Ella adelantó hácia la puerta por donde el desconocido habia entrado en aquel gabinete.

Salió la dama.

El incógnito había quedado á oscuras.

Avanzó rápidamente sin causar el más leve ruido, y llegó á colocarse de nuevo detrás de las colgaduras.

Encontró la habitación inmediata á oscuras tambien, porque no podia llamarse luz el débil reflejo que partia de la chimenea.

Los objetos no se determinaban.

—¡Diablo!—dijo para sí el incógnito.—¿Se habrá metido esa señora en el interior de la casa? He debido presentarme á ella; pero he temido causarla una violenta sorpresa.

En aquel momento oyó el incógnito el ruido de la ventana que se abria.

—¡Ah!—exclamó.—Está ahí, abre la ventana; pretende, pues, escapar, ó tal vez hay alguien fuera que debia entrar aquí; la aventura se hace á cada momento más interesante, y Dios me perdone, pero me parece que me he enamorado de ella.

El desconocido avanzó silenciosamente.

Llegó hasta poca distancia de la ventana.

Un relámpago le hizo ver la blanca figura de la dama que se inclinaba hácia fuera, que buscaba con los brazos extendidos el tronco de la parra, que, como sabemos, trepaba junto á la ventana.

—¡Ah!—dijo el incógnito, acercándose tanto á la dama, que casi la tocaba,—pretende escapar.

Y el incógnito, para no ser sentido, contuvo su aliento.

Oyó un leve roce, sin duda el del cuerpo de la

jóven, que se colocaba sobre el alfeizar de la ventana.

La oscuridad era tan densa fuera como dentro del aposento.

Era una de esas noches lóbregas, nubladas, en las cuales nada puede percibirse, ni aún á la más corta distancia.

El desconocido comprendió que si ella lograba salvar la ventana y se deslizaba por el tronco de la parra, podía perderse muy bien, á causa de aquella densa oscuridad.

Se lanzó, pues, á la ventana.

Pero nada encontró en ella.

La dama la habia salvado ya sin duda.

El desconocido no se detuyó.

Salvó tambien el alfeizar, se asió á aquella especie de escala y se deslizó.

La dama debia haberse deslizado con la misma rapidez.

El incógnito no habia tropezado con ella.

Sintió una desesperacion inmensa.

¿Cómo saber qué direccion habia tomado ella?

El incógnito habia podido llegar antes hasta la casa guiado por el reflejo de la luz que se marcaba en la vidriera de la ventana, y merced á los relámpagos que se sucedian con frecuencia.

Pero la tormenta habia amenguado.

La lluvia era mucho ménos fuerte, y los intervalos de relámpago á relámpago mucho más largos, puesto que desde que brilló aquel que habia dejado ver al incógnito á la dama en la ventana inclinándose

hácia fuera, á pesar de que habian trascurrido algunos minutos, no habia sobrevenido otro.

En el momento en que nuestro individuo se daba al diablo, desesperado porque á medida que pasaba el tiempo perdía la esperanza de encontrar á la hermosísima jóven, lució un fuerte relámpago.

A su luz, el incógnito vió delante de sí, á poca distancia, á la dama irresoluta, que sin duda á causa de la oscuridad no habia sabido qué direccion tomar.

Ella le vió á su vez, dió un grito y extendió los brazos.

Todo aquello fué instantáneo.

El relámpago habia pasado, y dominaban de nuevo las tinieblas.

El desconocido habia avanzado con tal rapidez hácia ella, que la tocó y la asió á buen tiempo para que la dama no cayese al suelo.

El la sintió inerte, abandonada entre sus brazos.

Se habia aterrado, sin duda, al ver tan cerca de sí, á la luz del relámpago, el bulto de un hombre, y habia perdido el conocimiento.

—¡Ah! ¡por fin,—exclamó con una alegría infinita el desconocido;—ya la tengo! Pronto habremos desvanecido en alguna parte este misterio; pero es necesario alejarse de aquí: ¡maldita noche!

El incógnito levantó en sus brazos á la dama, la cargó sobre sus hombros, y aunque era bastante pesada para que costase fatiga sostenerla, avanzó con ella, pero en paso lento, sin levantar un pié hasta que tenia afirmado el otro.



Temia que una brusca accidentacion del terreno le hiciese caer.

Lo temia más por ella que por él mismo.

Sentia las admirables formas de la jóven, y se enamoraba más y más.

Esto le alentaba para soportar el peso de aquella preciosa carga.

Por lo demás, lo extraño de la aventura le excitaba vivamente.

La lluvia amenguaba; al fin cesó del todo.

Habia pasado algun tiempo, y no habia sobrevenido otro relámpago.

La oscuridad iba siendo más densa.

El desconocido continuaba avanzando, siempre con precaucion.

Al fin, desvaneciéndose más la oscuridad, ó mejor dicho, la densa niebla que hasta entonces se habia extendido sobre la tierra, se pudieron percibir, aunque de una manera informe, los objetos.

Rápidamente la densidad de la sombra amenguaba.

El viento del Norte continuaba corriendo con violencia.

Al fin se rompió el nublado, y apareció por partes el cielo diáfano, lleno de esa luz blanca, dulce y melancólica de la luna.

Los contornos del revuelto celaje se dibujaban con vigor.

El incógnito distinguia ya cerca la alameda que antes habia atravesado.

Se oía además próximo el ruido bramador de la avenida de Manzanares.

El desconocido sintió que la dama se movía.

Esta era una señal clara de que volvía de su desmayo.

El incógnito pudo avanzar ya con más rapidez.

Llegó al fin á la alameda, á tiempo que la dama volvía completamente en sí.

Al sentirse entre los brazos de un hombre, hizo un violento esfuerzo por desasirse, y exhaló un gemido ahogado, un gemido de terror.

—¡Ah!—exclamó;—no seais cruel conmigo por lo que he hecho; era necesario que yo me salvase; la culpa es vuestra, tened compasion de mí.

El incógnito entre tanto la habia puesto en tierra; pero la retenia asida por las manos.

Aquellas manos, que eran pequeñas, mórbidas, suaves, estaban frias como el mármol y temblaban.

—Tranquilizaos, señora,—dijo el incógnito;—nada teneis que temer de mí; yo soy un caballero, y os lo demostraré; ni vos me conoceis, ni yo os conozco; la Providencia ha hecho sin duda que yo os encuentre.

—¿Pero quién sois?—exclamó la dama algo más repuesta.

—No quiero ocultároslo, señora,—dijo el incógnito;—no hay para qué: yo soy el conde de la Salmedina.

—¡Ah!—exclamó la dama con un acento incomprendible.

—Y vos, ¿quién sois?—dijo á su vez el conde.

—Yo me llamo Margarita,—contestó la dama.

—¿Margarita de qué?

—Solamente Margarita.

—¿No teneis familia, señora?

—Debo tenerla; pero no la conozco,—contestó.

—¿Y cómo entonces estábais en esa quinta, de la que habeis tenido necesidad de escapar?

—Esa es una historia,—contestó Margarita,—y no tenemos tiempo por el momento para ocuparnos de ella; alejémonos, yo os lo ruego; estamos aquí en peligro, y no sé por qué confío en vos, señor conde, y me entrego confiada á vuestra proteccion.

—¡Oh!—exclamó el conde;—podeis confiar ciegamente en mí; pero ¿os habeis repuesto ya, señora mia?

—Si, si; me siento fuerte; pero estoy aterrada. ¡Ah!; vos no sabeis! dadme vuestro brazo, alejémonos cuanto antes.

La noche se hacia más clara.

Las nubes pasaban.

Alguna vez la luna aparecia entre sus rompimientos.

El conde, llevando del brazo á Margarita, tomó por un sendero de la alameda.

Entrambos callaban.

La situacion era difícil.

—¿Y adónde habré yo de conducirlos, señora mia?—dijo el conde.

—A un convento,—contestó tristemente Marga-

rita;—vos debéis tener bastante influencia para que en un convento se me admita.

—Indudablemente, señora,—dijo el conde;—pero me contraría enormemente lo del convento.

—Andemos, andemos más de prisa,—dijo ella, como esquivando contestar á la observacion del conde;—mientras no estemos muy lejos de esa casa maldita, yo no estaré tranquila. Ahora no temo solamente por mí, temo tambien por vos; indudablemente, si nos encontrase os sobrevendrá una desgracia; gracias á la tormenta, no han vigilado esta noche como otras; siempre hay vagando durante la noche al redor de la casa cuatro hombres, que no tienen otro encargo que el de evitar mi fuga; no se me ha querido reducir á una prision enojosa, no se ha querido que me guardasen rejas; ha parecido como que se creia que yo no tendria resolucion para fugarme. Más á prisa, más á prisa, señor conde; creedme, me estremezco por vos.

—Pues lo que más debia estremecerós, señora,—dijo el conde,—es la desesperacion que se apoderará de mí si os obstináis en entrar en un convento. ¿Teneis vocacion de monja?

—Absolutamente ninguna.

—¿Os impulsa á buscar la soledad y el silencio del cláustro alguna desesperacion de amor?

—No he amado jamás,—contestó Margarita con la voz insegura, y como si le hubiese costado un esfuerzo pronunciar estas palabras.

—¿Y no quereis conocer el amor?—dijo el conde.

Margarita no contestó.

Aquella pregunta, hecha á una jóven honesta y desconocida, era demasiado prematura.

La situacion además la hacia poco delicada.

Margarita no era realmente otra cosa para el conde que una protegida que le habia confiado la Providencia.

El silencio de Margarita habia sido elocuente.

El conde lo comprendió en todo su valor.

—¡Ah!... Perdonadme,—exclamó;—pero yo, que nunca he amado, amo ya porque os he visto; no debia deciroslo, pero el amor es un tirano que nos hace ser inconvenientes.

—Esto es extraño,—murmuró Margarita.

—Oidme,—dijo el conde;—nada temais, yo soy un hombre de honor: vos para mí sois un depósito sagrado, y haré por vos todo cuanto sea necesario hacer, hasta el sacrificio de mi vida.

—¡Oh, gracias!—exclamó con un acento opaco y ardiente Margarita, con un acento que llegó hasta el fondo del alma del conde.

Un acento incomprensible, por el cual no se podia deducir si la situacion en que el conde habia puesto la conversacion era grata ó repulsiva para la jóven.

A todo esto habian atravesado la alameda que orlaba el rio, que por aquella parte era estrecha, y marchaban ya por un terreno despejado sobre la orilla del Manzanares.

Se veia la ancha, turbia, ruidosa y rápida corriente, sobre la cual brillaba la luz de la luna.

Se habia despejado completamente la atmósfera.

El viento cesaba; era ya infinitamente ménos fuerte.

El conde devoraba con una mirada ansiosa, persistente, el hermosísimo semblante de Margarita, embellecido de una manera fantástica por la luz de la luna.

Ella parecia poner un gran cuidado en no mirar al conde.

Pero de tiempo en tiempo un impulso más fuerte que su voluntad la obligaba á lanzar al semblante del conde una mirada furtiva.

Avanzaban rápidamente.

Podia decirse que no era el conde el que llevaba á Margarita, sino Margarita la que llevaba al conde.

Avanzaba á la ventura por el estrecho camino que corria á lo largo del rio.

Indudablemente, su único objeto era alejarse de un peligro.

—¿Qué montañas?
—No lo ignoro.

—¡Cómo!—exclamó á cada momento más interesado el conde.—¿Vos no sabéis el nombre de esa montaña que decís conocer?

—No,—repitió Margarita.
—Pero esto es extraño, y muy extraño, seño-

Capítulo III.

En que se descubre algo acerca de los secretos de un palacio.

—Pero,—dijo el conde,—vos me llevais hácia Madrid, señora.

—No sé hácia dónde os llevo, ó hácia dónde me llevais vos; yo no he estado nunca en Madrid.

—¡Cómo! ¿Vos no conocéis la córte?

—No,—contestó Margarita;—lo que yo conozco es la montaña.

—¿Qué montaña?

—Lo ignoro.

—¡Cómo!—exclamó á cada momento más interesado el conde.—¿Vos no sabéis el nombre de esa montaña que decís conocer?

—No,—repitió Margarita.

—Pero esto es extraño, y muy extraño, señora mía.

—Todo lo que á mí se refiere es extraordinario.

—Esperad,—dijo el conde,—yo me engañaba, no vamos hácia Madrid; al acercarme á vuestra casa, ó mejor dicho, á la casa en que os encontrábais, me he extraviado; acaba de dar una media hora.

—Si, es verdad,—dijo Margarita;—las once y media.

En efecto, dos campanadas graves acaban de vibrar en el espacio á lo lejos.

—Ese es el reloj del palacio del Pardo,—dijo el conde;—yo creí que el Pardo se quedaba atrás; hace una hora oí las diez y media, y creí que el sonido venia en una direccion avanzada á mí; fenómenos del viento, que nos engaña mucho acerca de la direccion de los sonidos.

—Habeis hablado del Pardo y de palacio,—dijo Margarita;—yo he oido mucho continuamente desde hace algunos meses el sonido de esa campana; pero creia que fuese la de algun convento situado en el campo.

—¡Pero vos lo ignorais todo!—dijo el conde.

—No, no, ciertamente no lo ignoro todo,—repuso la jóven;—lo que ignoro siempre es el nombre de los lugares en que me encuentro, de donde he venido y adónde voy.

—Si no temiera cometer una indiscrecion, yo os suplicaria me contáseis vuestra historia.

—Es posible tengamos mucho tiempo para ello; pero continuemos cuanto de prisa podamos, yo estoy aterrada; si él sobreviniera...

—¿Y quién es él?—

—Yo ignoro su nombre,—dijo Margarita,—él es un sér terrible.

—¿Y creéis,—dijo el conde,—que yo no podria defenderos de él?

—Perdonad; pero ese hombre es espantoso.—

—¿Sabeis, señora mia, que me acomete una tentacion irresistible?

—¿Cuál?—exclamó Margarita, mirando de una manera ansiosa á don Luis, que así se llamaba el conde.

—La de detenerme, la de esperar á todo lo que sobreviniere, la de probaros hasta qué punto puede defenderos el hombre con quien una venturosa casualidad para él ha hecho os encontreis...

—¡Ah, no, no!—dijo vivamente Margarita, mirando con ánsia á don Luis.—Vos no querreis que yo muera de terror; sigamos, sigamos por piedad, yo os lo ruego.

Y Margarita tiraba del conde, que habia hecho más lenta su marcha.

—Sea como vos querais,—dijo don Luis;—ejerceis sobre mí una influencia tal, que no recuerdo haber obedecido nunca á una influencia mayor.

—¡Ah!—exclamó Margarita de una manera profunda é incomprendible.

Y avanzaba rápidamente.

Empezaba á distinguirse á lo lejos los contornos indecisos de las casas de una poblacion.

Aquella poblacion era el real sitio del Pardo,

tendido en su valle á la márgen del Manzanares entre sus montes cubiertos de encinas.

Don Luis sentia una felicidad inmensa, amargada por una duda terrible.

Aquella deidad humana, que de una manera tan extraña habia encontrado, que decia no haber amado nunca, que de sí misma, respecto á familia, no sabia otra cosa sino que se llamaba Margarita, que habia ignorado siempre el nombre y la situacion de los lugares en que habia vivido, ¿recompensaria aquel amor con otro amor semejante?

Ella estaba vivamente excitada.

Ella miraba con ánsia á don Luis.

Pero esta excitacion, esta ánsia, podian ser muy bien hijas de la situacion en que se encontraba.

Ella habia huido indudablemente de un gran peligro.

El conde, pues, respecto á la impresion que podia haber causado en Margarita, no sabia á qué atenerse.

Ella continuaba marchando y haciendo marchar rápidamente á don Luis, de una manera tal, que parecia imposible que, despues del tiempo que duraba aquella violenta marcha, no se hubiese fatigado una jóven en la apariencia tan delicada.

Sin embargo, no daba la menor señal de cansancio, y á cada momento su paso se hacia más rápido.

—Pronto, señora,—dijo don Luis,—os encontrareis tan bien defendida que no temereis nada.

—Yo lo temeré todo,—dijo Margarita,—mientras que ese hombre sepa el lugar en que yo me encuentro; es necesario, pues, ocultarme, y ocultarme bien. ¡Ah! Ya estamos cerca.

En efecto, á poca distancia se veía el puente que era necesario atravesar para llegar al Pardo.

Un poco más allá estaban las primeras casas.

La soledad era completa, el silencio absoluto.

No le rompía más que el ruido atronador de la avenida del Manzanares, que allí crecía por la rompiente contra los estribos del puente.

Don Luis había acrecido la rapidez de su marcha, impulsado siempre por Margarita.

Atravesaron el puente, y poco despues entraban en el pueblo por una calle solitaria.

Don Luis guardaba silencio.

Callaba tambien Margarita.

Parecía como que querian evitar ser sentidos.

Se deslizaban como dos sombras bajo la penumbra que determinaba la luna en uno de los costados de la calle.

Llegaron al fin, despues de algunos rodeos, á la plaza del bello palacio del Pardo, y luego á su puerta principal.

—¿Quién vive?—dijo con voz sorda y soñolienta uno de los centinelas de infantería que estaban delante de la puerta cerrada, terciando de una manera amenazadora su arma.

—¡Gentil hombre de su majestad!—dijo el conde con un acento que rebosaba altivez.

—¡Alto!—dijo el centinela.—¿Cabo de guardia? Un señor gentil hombre de su majestad.

—¡Ah!—exclamó Margarita.—Llegarán, me verán, podrán dar señas de mí; la luna es muy clara.

—Esperad, señora,—dijo el conde.

Y se quitó su capa y se la puso á Margarita.

Esta se envolvió en aquella capa, que estaba gravemente mojada, hasta ocultar su cabeza.

La capa era larga, y á pesar de que Margarita era alta como el conde, era de una aventajada estatura; la capa la llegaba hasta los piés: no se veía más que un bulto negro.

Al quitarse la capa el conde, habia podido verse completamente su traje.

Era una casaca de uniforme á la walona, ámplia, elegante, bordada de oro en las mangas y en las costuras.

Aquella casaca tenia en las anchas boca-mangas los tres entorchados.

Esto por si mismo, no representaba que el conde perteneciese al ejército y tuviese en él el alto grado de capitán general.

Los grandes de España llevan este distintivo, aunque marcado por alguna pequeña diferencia.

Es un grado militar honorario anejo á su grandeza.

Pero los tres entorchados del conde de la Salmedina eran exactamente iguales á los de los capitanes generales.

Además de esto, por debajo de los entorchados se

veían los tres galones de coronel, lo que quería decir que había ejercido mando de regimiento; era, pues, cuanto se podía ser en el ejército.

En el lado izquierdo de la casaca aparecía la roja cruz de Calatrava.

El resto de su traje eran: guantes de gamuza, pantalón blanco de punto muy ceñido y botas de montar sin espuelas.

Ya sabemos que don Luis se había quitado las espuelas para evitar ser sentido cuando se encontró dentro de la habitación, en que al trepar por la parra, al mirar á través de la vidriera, había visto á Margarita.

Las espuelas se habían quedado allí.

No hay aventura por la cual pase un hombre, en la que no deje algún vestigio de su paso.

Las armas del conde consistían en una espada de montar con vaina de cuero, y puño, abrazaderas y contera de plata, y dos largas pistolas enganchadas al cinturón.

Avanzaba un cabo seguido de cuatro soldados.

Margarita, negra é inmóvil, estaba á alguna distancia de don Luis.

A seis pasos de él, el cabo se detuvo y mandó preparar las armas á los cuatro hombres de la escolta.

El servicio de Palacio se hace siempre como el de una plaza fuerte, esto es, como en campaña á la vista del enemigo.

—La seña,—dijo el cabo.

—No la tengo,—contestó don Luis;—pero no im-

porta: por el uniforme conozco que sois de la guardia walona; más aún, del primer regimiento, del mio.

—Y bien, mi general,—contestó el cabo;—yo he conocido perfectamente á vucencia, pero cumplo la consigna.

—Perfectamente, cabo,—respondió el conde,—sois un bravo muchacho. ¿Quién monta la guardia?

El marqués de Dos Puentes.

—Haced que uno de los granaderos vaya y avise al marqués de que yo estoy aquí.

El cabo trasmitió la orden á uno de los soldados de la escolta, que partió.

Margarita habia escuchado con toda su alma aquel diálogo.

Habia sentido una viva alegría, una ardiente esperanza, y al mismo tiempo una profunda tristeza.

Sabia que su protector era un alto personaje.

Pero se habia enamorado de él como él se habia enamorado de ella, y esta era la causa de la profunda tristeza que nublabá su alegría y su esperanza.

¿Cómo ella, cuya existencia estaba envuelta en un profundo misterio, ella que no conocia el nombre de sus padres, podia esperar unos venturosos amores con el conde de la Salmedina, que llegasen al satisfacerse á una situacion legitima, á un enlace?

Esta idea oprimia de una manera excesivamente dolorosa el corazon de Margarita.

Sobrevino el soldado que habia ido en busca del jefe de parada, que le seguia y que adelantó hasta

llegar á don Luis, le estrechó vivamente la mano, y le dijo con extrañeza:

—¿Cómo es esto, conde? ¿Vos aquí á tal hora, de una manera tan inesperada? ¿Y ese bulto negro que teneis á retaguardia, y que, ó mucho me engaño, ó á pesar de lo envuelto que está, revela á una mujer?

—Silencio, don Francisco,—dijo el conde;—es necesario que guardéis, y que esos soldados guarden, un profundo secreto acerca de mi llegada á estas horas, y sobre todo que me ha acompañado una señora; esta es una aventura extraordinaria, que no os puedo revelar; pero ante todo es necesario que esa señora y yo entremos, á no ser que haya una orden terminante que lo impida.

—De ningun modo,—contestó el marqués.

Y volviéndose al cabo y á la escolta, que continuaban con las armas preparadas, dijo:

—Retiraos, dejad abierto el postigo.

El cabo y los soldados dieron frente á retaguardia, y marcharon.

—Cuando gustéis, don Luis,—dijo el marqués;—por el momento no puedo daros hospitalidad más que en mi cuarto.

El conde se acercó á Margarita y la dijo:

—Nada temais, sucede mejor que quisiéramos; nadie sabrá que hemos llegado aquí, y aquí tenemos mil medios para que nadie pueda descubriros; seguidme, os lo ruego.

Margarita siguió al conde, que á su vez seguía al marqués de Dos Puentes.

Pasaron por el postigo, atravesaron el ancho vestíbulo, y á la derecha el marqués de Dos Puentes abrió la mampara de una puerta colocada sobre tres escalones de mármol.

Invitó galantemente á Margarita á que pasase.

Pasó luego, despues de un ligero altercado de cortesía, el conde, luego el marqués.

Margarita se habia encontrado en una especie de antecámara sencilla y severamente amueblada, y alumbrada por una lámpara que pendia de la bóveda.

Avanzó el marqués, abrió otra mampara más rica, é invitó de nuevo, y ya sombrero en mano, á Margarita á que pasase.

Pasó la jóven, y se encontró en una cámara alhajada con lujo, con un lujo verdaderamente régio.

Un candelabro de los que flanqueaban la chimenea tenia encendidas cuatro de sus bujias.

Sobre una gran mesa habia además un gran velon de cuatro mecheros con una pantalla circular de seda verde.

Cubria el suelo una gruesa alfombra.

Sobre la rica tapicería de seda de los muros, habia bellos cuadros al óleo.

Las colgaduras de los vanos de las rejas eran amplias, magníficas.

La casa de Borbon ha ostentado siempre un gran lujo, y en aquellos tiempos de absolutismo neto, en que estaban fuertemente marcadas las clases sociales, el jefe de la parada de Palacio, que era siempre un

grande, tenia en Palacio, para cuando montaba su servicio, un aposento digno de su rango.

El marqués de Dos Puentes mostraba en la boca-manga de su casaca los dos entorchados de teniente general, y bajo ellos los tres galones de coronel.

Era el teniente coronel del primer regimiento de granaderos de la guardia walona, del que era coronel el conde de la Salmedina.

Estaban, pues, en terreno propio.

El marqués, que era galantísimo y buen mozo aún, á pesar de que casi doblaba la edad al conde de la Salmedina, invitó á Margarita, que permanecía totalmente encubierta, á que se sentase en un bello canapé que estaba al lado de la chimenea.

En esta ardia por lo ménos media encina.

Tan grande era.

—Y bien,—dijo el marqués,—hémeme aquí, don Luis, dando un servicio que os pertenecia á vos.

—¿Pero qué es esto? Yo estaba al principio de la noche en mi casa, y el regimiento permanecia en su cuartel en Madrid.

—Sí, es cierto,—dijo el marqués;—pero como á las ocho de la noche, recibí una orden á raja tabla; no se os habia encontrado en vuestra casa, no se sabia dónde estábais, y era necesario marchase yo inmediatamente con el primer batallon, para dar el servicio de parada aquí. Como no tenia disculpa alguna que alegar y me aburría, y este servicio extraordinario representaba algun acontecimiento excepcional, monté á caballo, me fuí al cuartel donde encontré

ya el primer batallon dispuesto á marchar, y á paso largo y en una hora nos pusimos aquí; poco despues tuvimos que formar apresuradamente, porque se nos echaba encima la princesa de Astúrias.

—¿Está aquí doña María Luisa?—dijo con asombro y con voz contenida el conde.

—Si, amigo mio, sí, aquí está desde las diez de la noche.

—¿Y ha venido sola?—dijo el conde, bajando más la voz.

—Absolutamente sola con la marquesa de Fuente Blanca, que, como sabeis, es su dama de confianza; un caballero y una escolta de dragones.

—¿Pero y el príncipe?

—Allá se habrá quedado madurando algun proyecto de caza.

—¿Y no habeis podido vislumbrar por qué ha venido á estas horas al Pardo su alteza? ¿Hay moros en campaña? ¿Se cuenta algo?

La voz del conde de la Salmedina era ya casi imperceptible al pronunciar sus últimas palabras, que representaban de una manera clara que ya andaba en lenguas la reputacion de la graciosa princesa de Astúrias.

—Nada absolutamente, don Luis,—dijo el marqués.

—¿No os han dado algunas órdenes extraordinarias? ¿No os han mandado suprimais algun centinela?

—Absolutamente, don Luis.

—Y bien, sea lo que quiera,—dijo el conde, yendo á sentarse en el mismo canapé en que aparecia sentada, inmóvil, negra y cubierta de los piés á la cabeza, Margarita, que no habia perdido ni una sola palabra del diálogo de los dos grandes, aunque gran parte de él habia sido hablado en voz muy baja.

El marqués de Dos Puentes, que se habia desceñido la espada, tomó un sillón y se sentó delante de la chimenea, cerca de don Luis.

—Y bien,—dijo;—yo, por temor de cometer una indiscrecion, no os pregunto nada, don Luis; pero francamente, me roe el alma la curiosidad.

—Puedo deciros muy poco, amigo mio,—dijo el conde,—porque la parte más interesante de lo que ha acontecido esta noche es un secreto que no me pertenece; básteos saber que hoy mi ayuda de cámara Baltasar, que es un excelente muchacho, de una lealtad á toda prueba, me dijo indignado cuando entró á vestirme.

»—Creo que el señor se verá obligado á cortarle la lengua al marqués de Arosa.

—¡Ya!—exclamó don Francisco con un acento que parecia demostrar estaba al corriente del motivo que habia obligado á Baltasar á decir á su amo la necesidad en que se encontraba de cortar la lengua al marqués de Arosa.

—Por lo que veo,—exclamó el conde, comprendiendo lo que significaba el acento que á su exclamacion habia dado su amigo,—esa murmuracion anda ya en bocas de todos.

—Y con una consistencia terrible, amigo mio,—dijo el marqués.—Nada tiene de extraño que vos no lo sepais, porque los primeros personajes en estos negocios son los últimos que saben que todo el mundo los ve.

—Pues os juro que ven visiones,—dijo vivamente el conde.

—¡Qué quereis! el mundo juzga por las apariencias; nadie mejor que yo sabe lo que hay de verdad en esto; pero ¿quién pone coto á la maledicencia? Continuad, os ruego, estoy muy interesado por vuestra aventura.

—Como comprendereis perfectamente,—dijo el conde,—la revelacion de Baltasar me irritó de una manera formidable, y sin esperar á más, me fuí á buscar á dos de nuestros amigos, y les di el encargo de hacer una visita especial al marqués de Arosa; el lance se ajustó para esta noche á las diez en la alameda de la Fuente del Cura; yo partí á buena hora con Baltasar, pero antes de salir de Madrid sobrevino una tormenta, y ya en el campo, mi caballo se asombró de los relámpagos, mordió el freno, se me fué, y no paró hasta que cayó muerto; lo que falta desde este punto no os lo puedo decir, porque no me pertenece, que por lo demás, ya sé que se os puede decir todo.

—No insisto, don Luis,—dijo el marqués,—aunque mi curiosidad queda más viva aún; pero lo que me habeis referido me contraria; ese locuaz marqués de Arosa es capaz de creer que vos habeis he-

cho desbocar vuestro caballo, ó mejor dicho, que habeis escapado de miedo de batiros con él.

—¡Vive Dios! que no ha de llegar el amanecer antes de que el marqués y yo no nos hayamos batido á muerte.

—No,—dijo Margarita, que no pudo contenerse, con la voz trémula,—vos me perteneceis.

—¡Ah! ¿Qué decís á esto, don Luis?—exclamó el marqués.—Sin duda esa señora tiene grandes razones para poder impediros el que os batais con el marqués de Arosa.

Margarita hizo un movimiento enérgico, se desenvolvió de la capa, y la arrojó de sí.

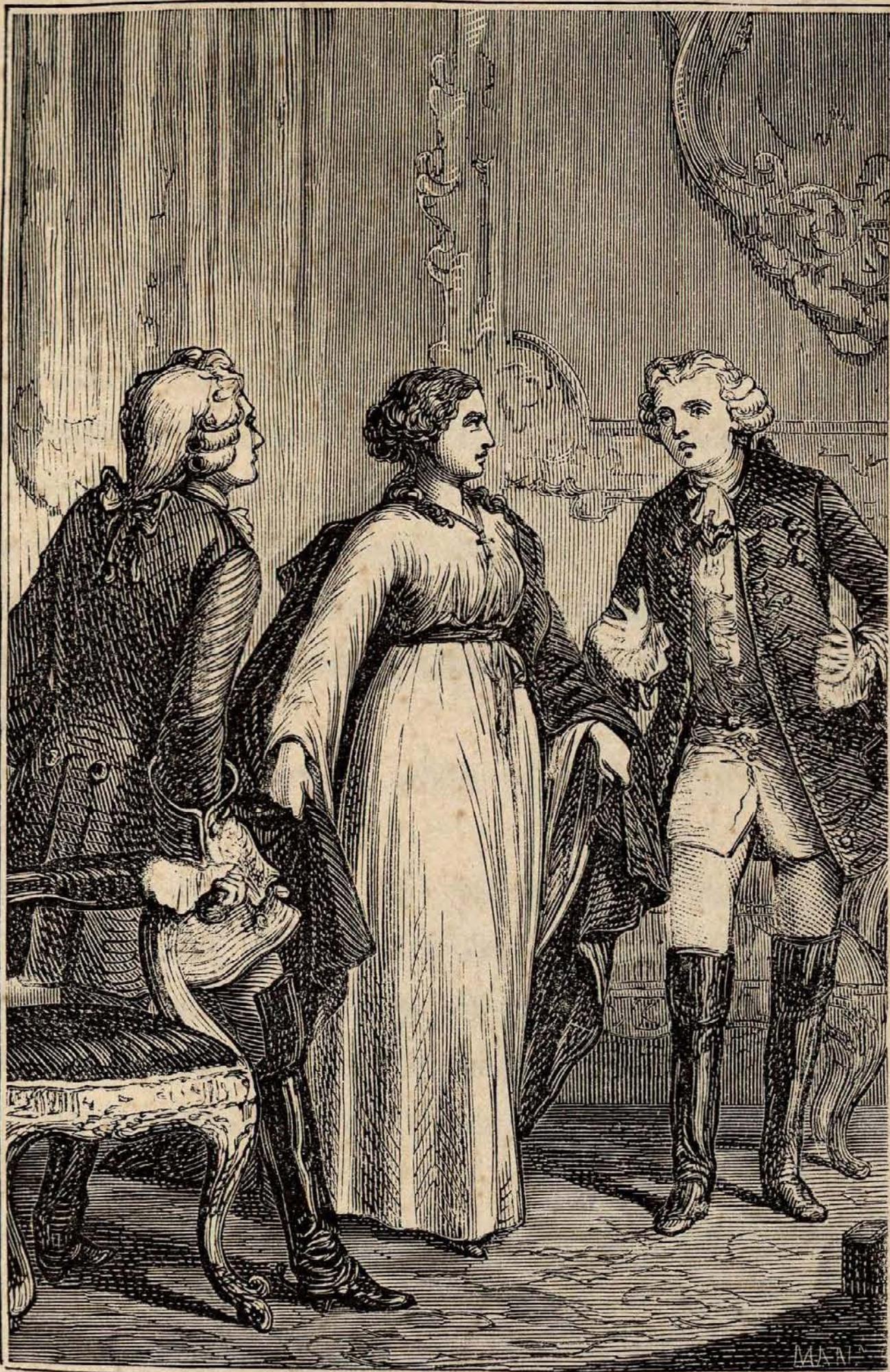
El marqués de Dos Puentes se puso en pié de una manera involuntaria, dominado por el efecto incontrastable que habia causado en él la aparicion inesperada de la hermosura de Margarita.

El conde se habia puesto tambien de pié y miraba estremecido de emocion á Margarita, que de pié á su vez, estaba completa y fuertemente iluminada, en la parte superior por las bujías del inmediato candelabro, y en la parte inferior por el brillante fuego de la chimenea.

Hasta entonces el conde no la habia visto de una manera tan distinta, tan acentuada.

No podia darse una juventud más fresca, más pura; una belleza más enérgica, más irresistible.

Los grandes ojos azules oscuros, casi negros, de Margarita, dejaban ver una mirada profunda, triste, melancólica; pero excesivamente hermosa y poética.



MOTIN DE ESQUILACHE.—Margarita se desenvolvió de la
capa y la arrojó de sí.

Sus espléndidos cabellos rubios, rizados, se agrupaban en un encantador desorden sobre su frente, que parecía luminosa en fuerza de blanca, y caían en anchas bandas junto á sus mejillas y á su garganta, de una morbidez incalculable, hasta tocar sus hombros.

Su único traje era una ancha túnica de lana blanca, muy semejante á un hábito, ajustada á la cintura por una cinta de seda azul.

De otra estrecha cinta, azul tambien, que hacia resaltar la nítida blancura de su garganta, pendía sobre su pecho una sencilla cruz de oro.

Las mangas de aquella túnica eran anchas y perdidas. Un traje, en fin, completamente extraño, evidentemente antiguo.

En cuanto á las manos, eran pequeñas y de una forma admirable.

Unidos estos detalles á la gallardía, á la majestad, á un no sé qué incomparable del conjunto, hacían de Margarita una belleza de primer orden.

Ella volvió á sentarse, hizo señal á los dos caballeros de que se sentasen tambien, y dijo dirigiéndose al marqués:

—Por lo que he oido á mi protector, por lo que yo misma veo en vos, sois un cumplido caballero á quien puede confiarse todo; sin embargo, yo no os diré más que algunas palabras: me he visto obligada á huir de un peligro eminente, de un peligro horrible: hasta ahora no he podido, se ejercia respecto á mí una incansable y perfecta vigilancia; pero esta noche se ha desencadenado la tormenta, el espacio

se ha puesto negro, mis guardianes en la parte exterior de la casa en que me encontraba debían haber buscado un refugio contra la tormenta, yo aproveché la ocasión, me deslicé por la ventana de mi aposento, y me encontré de una manera extraña con vuestro amigo, del que me amparé, del que me amparo aún, y al que no ofenderé, creyendo ni diciendo necesitó más amparo que el suyo; perdonadme si no soy más explícita: yo soy un misterio, aun para mí misma, y me importa aumentar ese misterio, ocultándome de tal modo que nadie conozca el lugar de mi retiro más que mi protector; sabed únicamente que yo soy libre, honrada y pura; que yo no he huido ni de un marido, ni de un padre, ni de un hermano; yo no tengo familia, no tengo nada que ligue á nadie, como no sea el agradecimiento que debo á vuestro amigo y las simpatías que vos me inspirais; yo he huido de un tirano, de un infame, que Dios no puede dejar de castigar, porque no puede dejar de ejercitarse su santa Providencia. Os he dicho cuanto tengo que decir, caballero.

—Y yo me doy por satisfecho, señora, —contestó el marqués, —y os agradezco os hayais dejado conocer de mí; pero lo importante, amigo mio, —añadió dirigiéndose al conde, —es envolver en el más profundo secreto la llegada y la presencia aquí de esta señora; esperad, voy á hacer lo necesario; afortunadamente la guardia de la puerta principal sólo consta de doce hombres, que callarán en cuanto yo les prevenga que deben callar; nuestros muchachos son

bonachones y honrados; vuelvo al momento, amigos míos.

El conde de Dos Puentes salió.

Apenas habia salido, cuando don Luis, trasportado, se arrojó á los piés de Margarita, y asiéndola las manos, exclamó con una pasion indescribible:

—¡Ah! Yo os adoro.

—Sí, sí,—dijo Margarita, profundamente conmovida tambien;—pero alzaos, alzaos; puede volver vuestro amigo.

—Una palabra,—exclamó ansioso el conde.

—Yo no sé, yo no puedo deciros nada,—exclamó con una hechicera confusion Margarita;—yo no sé lo que es el amor, no lo he sentido nunca, puede ser... Pero alzaos, alzaos, por Dios; puede volver vuestro amigo.

Los dos jóvenes estaban profundamente conmovidos.

Las circunstancias habian hecho que aquel amor, aun en sus principios, fuese ya grave.

Los dos guardaban silencio.

Sobrevino á los pocos minutos el marqués de Dos Puentes.

—El secreto está asegurado,—dijo;—como que le he impuesto ni más ni ménos que como una consignación, y ninguno de nuestros granaderos querrá ser fusilado por una indiscrecion. Pero es necesario pensar en la manera de que vos, señora, encontréis cuanto antes un lugar en que ocultaros; aquí no estais bien: este es, por decirlo así, un lugar público,

adónde pueden llegar de un momento á otro, de una manera imprevista, algunos oficiales ó alguno de la casa. ¿No os lo decia yo? He cerrado por precaucion la puerta, y llaman á ella. Venid, señora, venid; ocultaos un momento aquí.

Y el marqués fué á una puerta situada á la izquierda de la chimenea, y levantó el portier.

Margarita pasó, y se encontró en un aposento oscuro.

Se quedó observando por entre la abertura del portier.

El marqués fué á la entrada de la cámara, abrió la mampara, y dijo al ver la persona que encontró detrás de ella:

—¡Ah, insigne señor Cascajares! ¿qué se os ocurre? Yo os hacia entregado á siete sueños.

—Eso debia suceder, excelentísimo señor,—dijo el llamado Cascajares con un acento y una forma completamente cortesananas, y profundamente inclinado ante el marqués.—Eso seria más cómodo, y aun me atreveria á decir, salvos todos los respetos, más conveniente.

Aparecia una especie de intimidad *sui generis*, una especie de singular confianza como la que existe entre el superior y el inferior cuando hace mucho tiempo que se conocen, entre el recién llegado y el marqués de Dos Puentes.

—Entrad, entrad, señor Cascajares,—dijo el marqués;—me parece que teneis algo grave que decirme; pero os advierto que no digais á nadie, ni á su alteza,

que habeis visto aquí á la persona que me acompaña.

—¡Ah! excelentísimo señor,—dijo Cascajares, que habia entrado y habia llegado junto al conde de la Salmedina,—beso respetuosamente las manos á vuecencia.

—Pues me venís como llovido del cielo,—dijo el conde;—yo necesitaba algo que se os pareciese, y no me acordaba de vos; pero concluid vuestra comision, señor Cascajares.

—En efecto,—dijo éste;—vengo con una gran premura á comunicar al excelentísimo señor jefe de parada una órden de su alteza.

—¿Y qué es ello?—preguntó el marqués de Dos Puentes algo impresionado.

—Poca cosa: pura y sencillamente, que se retiren los centinelas del ángulo sur del jardin.

—¿Qué os parece de esto, don Luis?—dijo vivamente contrariado, y aun pudiéramos decir que indignado, el marqués.—Se usa y aun se abusa de nosotros. Bien, muy bien, señor Cascajares; para cuando hayais llegado á la cámara de su alteza ya estarán obedecidas sus órdenes.

—Si os quedais libre, señor Cascajares, lo cual no me parece muy claro,—dijo el conde de la Salmedina,—venid á verme vos mismo; y si por acaso os ocupasen, lo que puede suceder muy bien, enviadme al momento vuestra conjunta persona, es decir, vuestra mujer.

—Perfectamente, excelentísimo señor,—dijo Cas-

cajares;—Eduvigis ó yo estaremos aquí al momento; pero con perdon, yo no puedo detenerme, beso las manos á vucencias.

—Buenas noches, señor Cascajares,—dijeron los dos grandes.

Cascajares salió.

Inmediatamente el marqués de Dos Puentes fué á la puerta, y dijo con voz vibrante:

—¡Hola! Aquí uno.

Apareció inmediatamente en la antecámara, saliendo de una puerta lateral, un jóven capitan de guardias walonas.

—Señor Aguilera,—dijo el marqués con la voz breve y acentuada de un jefe que manda,—haced se retiren los centinelas de todo el ángulo Sur de los jardines.

—Muy bien, mi teniente coronel,—dijo el capitan, saludando militarmente y saliendo por la puerta que comunicaba con el vestíbulo.

El marqués cerró la mampara, la afianzó por precaucion, y volvió junto al conde.

—¡Los centinelas del ángulo sur!—dijo.—¿Quién va á entrar por el postigo? Esto lo sabrá indudablemente Cascajares; pero ¿quién se lo saca del cuerpo? Ese estrafalario es un pozo: secreto que cae en él, ni el diablo que lo saque á luz.

—Por eso me conviene en gran manera el perin-clito Cascajares,—dijo el conde, cuyo pensamiento predominante era Margarita:—yo habia pensado en Quincoces, el guarda-muebles, y por esto al encon-

trarme cerca del Pardo me habia venido á palacio. Pero Cascajares es preferible: Quincoces bebe, y cuando se le sube el vino á los cascos suele cometer indiscreciones. ¿Y que no me hubiese yo acordado de Cascajares? Siempre en las grandes circunstancias nos olvidamos de lo que más nos conviene. Gracias á su alteza, causa eficiente de que Cascajares se me haya presentado tan á tiempo.

—¡Su alteza, su alteza!... ¡Estas italianas!... ¡Poder de Dios! ¿Y quién será él? ¿Una intriga de amor, ó una conspiracion?... Tanto puede ser lo uno como lo otro; y más bien lo segundo que lo primero. Su alteza es viva, tiene demasiado alegres los ojos, se murmura... pero á la verdad sin fundamento. Lo más determinante que se dice es lo que se refiere á vos.

—Pues os juro por todo lo que hay de sagrado para un caballero,—dijo el conde,—desde Dios hasta el honor, que eso es falso, completamente falso.

—Sin embargo, en la última cacería su alteza, estando vos junto á ella, y á poca distancia del apostadero, donde se encontraba el príncipe, dejó caer su pañuelo: dicen que esto fué una seña para vos; hubo quien reparó en que se calentó el caballo de su alteza, partió, se perdió entre el monte, y su alteza no pareció lo ménos en hora y media. Y es el caso, que vos tampoco parecísteis en hora y media por el mundo.

—Yo habia saltado á caballo,—dijo el conde, con una impaciencia que demostraba le sabia muy mal que Margarita oyese aquella conversacion,—en

el momento en que el caballo de su alteza se encabritó, se descompuso y partió. Mi intencion era la misma de otros muchos: la de cortar el caballo de la princesa, que iba demasiado vivo. Otros anduvieron perdidos tambien.

—Convenidos,—dijo el marqués;—pero no se reparó en nadie más que en vos; como que hay quien asegura que cuando vos disteis el pañuelo á su alteza, ésta os estrechó las puntas de los dedos y os sonrió con los ojos.

—¿Sabeis,—dijo el conde,—que en la córte hay demasiada canalla, mi querido amigo? Muerden los infames la misma mano que los favorece.

—¿Qué quereis? Las personas reales tienen demasiada gente á su alrededor, y como no pueden sufrir en su círculo íntimo de dentro de casa más que serviles aduladores, resulta que no pueden tener inmediatamente cerca de sí ninguna persona honrada. Os voy á decir una cosa, pero en voz muy baja, por temor de que se escandalicen estas paredes: todos los reyes son tontos, aun los más déspotas, y hay que dar gracias á Dios si á su estupidez no unen la maldad. Es el resultado necesario de su educacion. Pero aguardad: llaman á la puerta recatadamente. En la manera de llamar conozco que es uno de los dos: ó el inapreciable Cascajares, ó su conjunta persona, como vos decís.

Y el marqués se fué á la puerta y la abrió.

Entró una mujer pequeña y gorda, como de unos cincuenta años, vestida con un lujo extraordinario y

con una exagerada cofia de encajes á la francesa sobre los cabellos canos.

Aparecia bondadosa, inteligente y viva á la par. Sus pequeños ojos pardos tenian una movilidad infinita.

En el vuelo de un instante veian hasta los más pequeños detalles de aquello que los rodeaban.

—Buenas noches, excelentísimos señores,—dijo haciendo una profunda reverencia;—mi marido me ha dicho que el señor conde de la Salmedina nos necesitaba urgentemente á uno de los dos. Benito se excusa, cuanto le es posible excusarse, de no venir en persona: le es imposible; y yo me excuso de haber tardado un tanto, porque he tenido necesidad de vestirme.

—Yo soy el que debo excusarme por haberos incomodado, doña Eduvigis,—dijo el conde.

—¡Ah! No, no,—exclamó doña Eduvigis;—vuecencia no puede incomodarme nunca.

—Sois inapreciable, doña Eduvigis,—dijo el conde.

—Gracias, para servir á vuecencia,—dijo doña Eduvigis, haciendo una nueva y profunda cortesía.

—¿Hay luz, don Francisco, en la recámara?

—Sí, amigo mio; allí suelo yo pasar la noche echado en un canapé, y hay una lamparilla.

—Haced el favor de seguirme, doña Eduvigis,—dijo el conde.

Margarita se apartó vivamente del portier, junto al cual habia permanecido escuchando.

No debe extrañarse esto.

Por levantada de espíritu que sea una mujer, no puede dejar de ser curiosa.

Entraron el marqués y doña Eduvigis.

Margarita estaba en medio de la recámara, que era una cuarta parte menor que la cámara.

De frente á la puerta, y á la luz blanca de la lamparilla, con su magnífica hermosura, con su extraño traje blanco talar, producía un bellissimo efecto fantástico.

Doña Eduvigis, aunque estaba acostumbrada á disimular sus sentimientos, por su larga costumbre palaciega, como que habia nacido allá en las altas regiones de palacio, de la mujer de un sota-ayudante de las reales cocinas, no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, ni dejar de decir para sí:

—Dios me perdone; pero si yo me hubiera encontrado de repente á esta señora en una galería de palacio, hubiera creído que se me aparecía la Purísima Concepcion.

Esta descripcion era la más exacta que podia hacerse de Margarita.

Un pintor no hubiera necesitado más que ponerla el globo terráqueo á los piés, y la luna; rodearla de un celaje luminoso y de cabezas de serafines.

Esta sorpresa y este pensamiento, no impidieron á doña Eduvigis hacer á Margarita una reverencia mayúscula, que hubiera envidiado una dama francesa, acompañada de la sonrisa y de la mirada más aúlicas, ó lo que es lo mismo, más cortesanas del mundo.

Doña Eduvigis tenia la costumbre, porque siendo niña habia servido de juguete á los niños del rey, ó sea infantes, y á los catorce años ya era moza de retrete, y continuó siéndolo hasta que se casó con el insigne Benito Cascajares, que de ujier se habia alzado á los dobles destinos de guarda-muebles del palacio de Madrid, y conserje del palacio del Pardo.

Margarita inclinó levemente la cabeza, como hubiera podido hacerlo una reina al saludo de un grande, y miró con una profunda é investigadora fijeza á doña Eduvigis, que permaneció en una actitud respetuosa.

—Amiga mia,—dijo el conde, que parecia ya contento, dirigiéndose á Margarita,—tengo el honor de presentaros doña Eduvigis... ¿de qué? Yo no he sabido nunca vuestro apellido.

—Eduvigis de Carcabueso,—dijo ésta, haciendo una nueva y profunda reverencia,—mujer legítima, desde hace veinticinco años, de Benito Cascajares, guarda-muebles del real palacio de Madrid, y conserje del real palacio del Pardo, y él y yo humildes servidores y criados afectuosísimos de vucencias.

Sólo despues de esta retahila se enderezó doña Eduvigis.

—Esta señora,—dijo el conde,—es un misterio, un noble misterio doña Eduvigis; una alta dama cuya dignidad está sin mancha.

—¡Oh, excelentísimo señor!—exclamó doña Eduvigis.—Eso no hay más que verlo; las cosas huelen á lo que son.

Y estas palabras las pronunció doña Eduvigis con un acento solemne y sentencioso.

—Yo espero,—continuó el conde,—que siendo consecuentes con vuestra reputacion, el señor Cascajares y vos guardareis profundamente el misterio que por ahora es necesario envuelva á esta dama.

—¡Ah, excelentísimo señor!—exclamó doña Eduvigis con acento, que podia llamarse sibilino por lo misterioso,—si mi marido y yo desembucháramos todos los graves secretos que tenemos envainados en el cuerpo, saldrian cosas que espantarian al mundo. Pero no, no; esto traeria gravísimos inconvenientes, catástrofes horribles, porque los secretos, ó son grandes como el Escorial, ó no son secretos. Nosotros hemos nacido para servir y callar. Dios ha hecho á cada uno para su cosa, y nadie debe ser más que aquello para lo que le ha hecho Dios; porque, excelentísimo señor...

El conde la atajó.

Doña Eduvigis era una excelente mujer, hecha, como ella decia, para servir y callar; pero tenia el vicio de la disertacion, y si no se la atajaba no concluia nunca.

—Es el caso, doña Eduvigis,—dijo el conde,—que desde el momento es necesario os encargueis de esta señora, y de tal manera, que nadie sepa, si es posible ni aun el aire, que está en vuestro poder.

—Descuide vucencia,—dijo doña Eduvigis con una vanidosa expresion de potestad:—nadie lo sabrá; y esta señora puede elegir un lugar perfecta-

mente oculto, en Madrid, aquí, ó en cualquiera de los sitios reales; más allá, no alcanzan mis medios, y yo no ofrezco lo que no puedo cumplir, porque, excelentísimo señor...

Volvió á atajarla el conde.

—Por el momento,—dijo éste,—y si así os parece, señora, nos atendremos al Pardo.

—Perfectamente,—dijo Margarita.

—Como hemos convenido,—añadió el conde, dirigiéndose á doña Eduvigis,—esta señora será para vos y para vuestro marido un misterio, que recatareis de todo el mundo.

—Muy bien, excelentísimo señor,—dijo doña Eduvigis;—puede vucencia confiar.

—Dejadme concluir,—dijo don Luis:—esta señora es perfectamente anónima para vosotros; se llama la señora, y nada más.

—¡Oh! muy bien, excelentísimo señor.

—Yo os la confío desde este momento; pero ¿cómo haremos para que salga de aquí sin ser vista?

—¡Oh, excelentísimo señor,—dijo doña Eduvigis;—por la primera vez de mi vida, y en obsequio á vucencia, voy á faltar á un secreto; bien es verdad que la causa de ese secreto no está en ejercicio desde hace ya muchos años; pero puede volver á estarlo.

—¿Y qué es ello?

—Perdóneme vucencia; pero yo necesito la palabra de honor de vucencias de que guardarán el secreto que voy á revelarles, de la misma manera

que mi marido y yo guardaremos el misterio que se nos confía, porque, excelentísimo señor...

—En resolución, ¿qué secreto es ese?

—Hágame vucencia el favor de ver si el señor marqués de Dos Puentes está distraído, es decir, si no escucha, y si escucha que me perdone su excelencia, porque su excelencia es un poco divertido, y ya nos ha jugado alguna amable pasada á mi marido y á mi.

—El marqués de Dos Puentes,—dijo éste desde detrás del portier,—es bastante discreto para no meterse en lo que no le importa. Desembuchad, doña Eduvigis, desembuchad, y figuraos que yo estoy allá en los quintos infiernos.

—¿No lo decía yo?—exclamó doña Eduvigis.—¿Si no conoceré yo á las personas, por elevadas que sean? Señor conde, hágame vucencia el favor de llevarse al señor marqués y de encerrarle en el otro gabinete. De otra manera no hablo, porque, excelentísimo señor...

—Por el amor de Dios, don Francisco,—dijo el conde,—entrad y dad vuestra palabra de honor á la excelente doña Eduvigis de que guardareis su secreto, como yo tengo la seguridad de que guardareis el que os he confiado.

Entró sonriendo el marqués de Dos Puentes, que era un perfecto hombre de mundo.

—Vamos, mi buena doña Eduvigis,—dijo, poniéndola la mano en la cabeza como pudiera haberla puesto sobre el puño de su baston de mando;—

soltadlo, amiga mía, que yo os empeño, no solamente mi palabra de honor, sino la de toda mi descendencia hasta el juicio final, de callarme como una piedra.

Margarita estaba contrariada.

El conde de la Salmedina grave.

El marqués de Dos Puentes unia, á la galante ligereza del hombre de mundo, la ruda franqueza del soldado.

Para él aquello no pasaba de ser una aventura de don Luis, por la que le envidiaba; y aunque aquella ligereza no excluyese al hombre de honor, incapaz de faltar á la confianza que se le dispensase, mortificaba grandemente á los dos jóvenes; cuya situacion, extraordinariamente excepcional, conocen nuestros lectores.

Para el marqués de Dos Puentes, que habia considerado como un cuento la historia que le habia hecho el conde de su encuentro con Margarita, esta no era otra cosa que la hija de alguna alta familia, enamorada de don Luis, fugada con él y disfrazada.

De aquí su ligereza, despues de la sorpresa que le causó la exuberante hermosura de Margarita.

—Esto es distinto,—dijo doña Eduvigis;—vuecencia, perdóneme que se lo diga, porque tengo motivos para ello, es un calaveron impenitente, que todo lo echa á lo de vámonos; pero al mismo tiempo un respetable y cumplido caballero, en cuya palabra se puede y se debe creer á cierra ojos, porque, excelentísimo señor...

—No os permito continuar, doña Eduvigis,—dijo el marqués de Dos Puentes:—os conozco demasiado; ya ibais tomando carrera, y si se os dejara, sólo Dios sabe dónde pararíais. Venga al fin ese secreto tan deseado.

—¿Puede entrar alguien en la cámara, excelentísimo señor?

—No,—dijo el marqués;—he asegurado la puerta por dentro.

—Pues entonces, excelentísimo señor, no tengo que decir ni una sola palabra para revelar el secreto.

—¿Con esas salimos ahora, doña Eduvigis?—exclamó impacientado el marqués.

La contrariedad de Margarita y del conde crecía.

—El secreto es de hecho,—dijo doña Eduvigis.

Y yendo á una consola que habia pegada á un muro, coronada por un jigantesco espejo, quitó la lamparilla que sobre ella estaba, y la puso sobre el sillón.

—Pero ¿á qué eso?...—dijo con extrañeza el marqués.

—Empiezo á revelar el secreto,—dijo doña Eduvigis, gozándose en aquella especie de acertijo.

—Mucho me temo,—dijo el marqués,—esteis un poco tocada de la cabeza.

—Nada ménos que eso, excelentísimo señor,—dijo doña Eduvigis:—nunca he tenido el juicio más firme que ahora; pero necesito me ayudeis, porque, excelentísimo señor...

—Quieta, doña Eduvigis; no os dispareis.

—Porque, excelentísimo señor, yo soy muy pequeña: hágame vuecencia el favor de quitar de la consola el grupo de bronce y los candelabros.

—¡Ah! Ya comprendo,—exclamó el marqués.— Si, si, teneis razon, doña Eduvigis: este es un secreto de hecho. Pero ¡diablo! se necesita por lo ménos un par de ganapanes para levantar este grupo de Venus y Vulcano. Ayudadme, don Luis.

A duras penas el marqués y el conde pudieron quitar de la consola el grupo y ponerle en el suelo.

Quitaron tambien los candelabros.

Entonces doña Eduvigis tomó un sillón, le puso junto á la consola apoyando en ella el respaldo, subió, y llevó la mano al marco del espejo, á la derecha, por la parte de su adherencia á la pared.

Se oyó un ligero rechinamiento.

Doña Eduvigis descendió al sillón, cõteniendo con su mano el espejo, que no era otra cosa que una puerta secreta que se abria obedeciendo á un resorte, y luego descendió al suelo.

Aquella puerta se abrió completamente, y dejó descubierta una entrada, en la que empezaba una escalera de caracol, de piedra.

Margarita, el conde y el marqués miraban aquello con asombro.

En el semblante de doña Eduvigis aparecia una expresion de triunfo y de satisfaccion de sí misma.

—Valeis un tesoro, doña Eduvigis,—dijo el marqués, que se habia puesto sério;—cuando vos conoceis esto esto ha servido para algo.

—Poco á poco, señor marqués,—dijo doña Eduvigis;—no sabreis ni un ápice más del secreto que conoceis á medias.

—¿Cómo á medias?

—Sí, excelentísimo señor; vucencia sabe, como sus excelencias, que en una de las dos recámaras del cuarto de guardia del señor general jefe de parada del real palacio del Pardo, hay un espejo que es una puerta secreta; pero vucencias no saben adónde conduce esa escalera. Y además, una vez cerrado el espejo, no encontrarán medios vucencias para abrirle de nuevo. Y en cuanto á mí, juro á Dios y á mi honra, que no avanzaré ni lo que monta el grueso de un cabello en la revelacion de este secreto, del cual no conocen vucencias más que el principio, porque, excelentísimos señores...

—Concluyamos, concluyamos, mi buena doña Eduvigis,—dijo el conde de la Salmedina;—no tenemos tiempo que perder; puede sobrevenir alguien, al cual no sea posible negar la entrada. Ya os he dicho cuanto tenia que deciros acerca de esta señora. Oculatdla cuanto antes. Despues vos me dareis noticias.

—Pues bien, excelentísima señora,—dijo doña Eduvigis,—yo os suplico que paseis.

—Adios, y gracias por la noble y generosa protección que me habeis dispensado, don Luis. Adios, señor marqués, yo soy vuestra amiga.

—Y yo vuestro obedientísimo siervo, señora,—contestó el marqués inclinándose galantemente;—yo confio en que las cosas vendrán de manera que den-

tro de poco la condesa de la Salmedina será la estrella, el ángel, la diosa de la corte.

—¡Dios lo haga!—exclamó con vehemencia el conde.

—Adios, adios, y hasta la vista,—dijo Margarita, dirigiéndose al conde y con la voz profundamente conmovida.

Y con una ligereza y con una agilidad infinitas, por el sillón y por la consola llegó á la puerta, entró y emprendió el ascenso de las escaleras.

Doña Eduvigis, que mientras la despedida habia encendido en la lamparilla una de las bujias de los candelabros, trepó gateando á la consola, y cuando estuvo en la puerta dijo, atrayendo á sí el espejo.

—Adios, excelentísimos señores. Su excelencia y yo desapareceremos como dos figuras en una comedia de tramoya.

Un momento despues se oia un crujido semejante al de una puerta de rastrillo que se cierra de golpe.

El espejo estaba en su lugar.

El conde sintió algo semejante á la sensacion que hace experimentar una soledad dolorosa.

—¡Oh!—exclamó.—Ve en paz, alma mia; bendita sea la hora en que el marqués de Arosa me ha puesto en la necesidad de matarle. Sin él, yo no te hubiera encontrado.

El marqués de Dos Puentes estaba hecho una pieza.

Miraba atónito el espejo, y aparecia algo que pudiera llamarse hambriento en su semblante.

¿Adónde iba aquella escalera?

¿Para qué habia servido aquella escalera?

¿Quién habia subido y bajado por allí?

La averiguacion no era difícil.

Podia recurrirse á todos los viejos grandes que habian montado en otro tiempo la guardia de palacio, y aprovechar la indiscrecion de alguno.

Pero el marqués estaba atado de piés y manos.

Habia prometido por su honor guardar aquel secreto, y el honor era una religion para él.

—Volvamos á colocar este grupo y estos candelabros en su sitio, don Luis,—dijo el marqués.—Es probable que vos subais alguna vez por esas escaleras. En cuanto á mí, no lo espero; tengo ya cincuenta años... ¡Diablo, diablo! ¿Conocerá esta escalera su alteza? ¿Habrá alguno de nosotros que la conozca tambien?

—No,—dijo el conde;—doña Eduvigis ha dicho que hace muchos años no se hace uso de este pasaje secreto.

Y al mismo tiempo ayudaba á colocar el grupo sobre la consola al marqués de Dos Puentes.

—Pues no,—dijo éste,—en otro tiempo el tal grupo no estaria aqui, ó seria necesario entrasen de la parte de afuera dos en el secreto, á no suponer que el favorecido tuviese las fuerzas de un gallego.

Y entre tanto el marqués y el conde reponian los candelabros en su lugar.

La lamparilla fué colocada otra vez sobre la consola.

—¿Y quién, quién sería ella? Del lado del rey, de nuestro señor, no puede ser,—dijo el marqués,—porque el rey nuestro señor, cuando proclamado rey de España vino á Madrid, era ya viudo. ¿Acaso su cuñada la reina doña María Bárbara?... ¡Ah! No, no; imposible. La esposa del señor don Fernando VI era una santa. ¿Tal vez doña Isabel de Farnesio, la esposa de don Felipe V? No, no, aquella no ha dejado olor de santidad... Hubo algo de murmuraciones. Los viejos sabemos muchas cosas... Pero ¿qué haceis ahí hecho una estatua, don Luis? ¿No teneis en vuestro poder, y enamorada, esa divina criatura? Vamos, vamos; dejemos franca la entrada de nuestro cuarto. En palacio hay que evitar todo aquello que está fuera de la costumbre, porque se sospecha de todo.

—¿Os olvidais, don Francisco, de que mi presencia aquí es peligrosa, que si me ve algun indiscreto pueden sobrevenir complicaciones?

—¡Ah! Pues bien,—dijo el marqués;—envolveos en vuestra capa, y cubrios hasta los ojos; el paso á los jardines está franco, y yo, como jefe de parada, no puedo moverme de mi puesto; puede ser que la persona á quien sin duda espera doña María Luisa, no haya entrado aún por el postigo.

—Sí,—dijo el conde,—no nos hemos comprometido en ninguna manera á guardar el secreto. Esto me distraerá; necesito distraerme, me ahogo.

Y salieron á la cámara.

—Os sucede,—dijo el marqués,—lo que á todos los que han tardado en enamorarse; os habeis ena-

morado de firme... Y con razon, don Luis, con razon... ¿Quién no se enamora de ese arcángel?

—Dios quiera,—dijo el marqués,—que por la tiránica razon de estado no me sea imposible unirme á ella.

—Pero ¿de veras, don Luis, esa señora es un misterio para vos?

—Casi tanto como para vos, don Francisco.

—Pues bien; esperad á que ese misterio se desvanezca, y entre tanto veamos si podemos coger algo de este otro misterio del postigo.

El conde tomó su capa, se envolvió completamente en ella, salió, y se dirigió á la puerta de los jardines.

—¡Diablo!—dijo el marqués de Dos Puentes cuando se quedó solo.—¡Y qué suerte la de don Luis! Prescindiendo de su encuentro con esa divinidad, la princesa de Astúrias se muere por él. No puede disimularlo; todo el mundo lo conoce ménos él. ¡Ah, malditos cincuenta años! .. Hay que tener paciencia.

Y el marqués se echó en el canapé que estaba junto á la chimenea.

Capítulo IV.

Lo que encontró el conde de la Salmedina en el jardín de palacio.

La luna estaba muy alta, é inundaba los bellos jardines de una luz bastante fuerte.

La luna de invierno es muy clara, á causa de la diafanidad de la atmósfera.

El jardín estaba muy cuidado, mucho más cuidado que los que tenemos ahora.

Nuestros abuelos amaban las flores y la verdura.

Ménos civilizados que nosotros, estaban por lo mismo más cerca de la naturaleza.

Los árboles, pues, los arbustos y las plantas de hoja perenne, abundaban.

El jardín tenia, á pesar del invierno, un aspecto primaveral.



No hay nada más triste que un jardín cuyos laberintos se pierden, y cuyas fuentes y cuyas estatuas se alzan entre árboles deshojados, sobre un terreno desnudo de plantas.

El conde conocía demasiado los jardines del palacio del Pardo, y avanzaba con rapidez, torciendo y retorciendo entre la espesura, á causa de lo enmarañado del laberinto, hácia el postigo del ángulo sur.

Dieron las doce en el reloj de palacio.

La hora en que los muertos dejan sus tumbas, en que los duendes empiezan sus diabluras, en que las almas en pena vagan invisibles en derredor de los seres que han amado.

La medrosa hora, en fin, de las apariciones.

Y como si aquella hora fatal hubiese tenido aquella noche su virtud fantástica para el conde, al dar éste un último rodeo, que debia llevarle cerca del postigo, no diremos que vió una aparicion, sino que tropezó con ella, y de una manera violenta.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó una pura y fresca voz de dama, que dejaba sentir un fuerte acento extranjero.—¿Qué es esto? ¿Quién está aquí?

El conde reconoció el acento italiano de la princesa de Astúrias. De buena gana se hubiera metido debajo de tierra.

Aquello le espantaba.

No sabia hasta dónde podian llegar las consecuencias de su encuentro.

Habia ido con intencion de acechar, y habia sido cogido.

No podia adivinar de qué manera tomaria aquello su alteza.

Cierto es que por lo excéntrico de la situacion en que la princesa se encontraba, y que la comprometia, los resultados no podian ser inmediatos.

Pero el conde tenia más de un ejemplo de que doña María Luisa era rencorosa, y no perdonaba fácilmente.

La fuga era imposible.

El conde se hubiera alegrado mucho de que la princesa, aterrada, hubiese escapado antes de reconocerle.

Pero la princesa no escapó: una de dos, ó porque era valiente, y habia mucho de esto, ó porque habia reconocido al conde, y esto era lo más.

En efecto, la luna daba de lleno en el semblante del conde, que por un accidente llevaba echado atrás el sombrero.

Aquel era un sombrero de ronda, á la antigua usanza española, de ala ancha, y si el conde le hubiese llevado echado sobre las cejas, la sombra hubiera envuelto su semblante y hubiera hecho difícil que la princesa le reconociese.

Pero habiéndole reconocido casi en el mismo momento, María Luisa, en vez de aterrarse, no pudo contener una exclamacion de alegría.

—¡Ah! ¡Eres tú, Salmedina!—exclamó.

Los Borbones de España hablaban á todo el mundo de tú.

Los reyes de esta dinastía se consideraban como

padres de sus vasallos, y encontraban lo más natural del mundo hablar de tú á sus hijos.

Verdad es que estos hijos eran usados por ellos como carne de cañon: véase si no la larga Guerra de sucesion y los graves disgustos internacionales que tuvimos bajo ellos con los ingleses, y las expediciones contra la piratería, que no tenian otro objeto que disfrazar nuestros armamentos contra Inglaterra, y véanse tambien las ejecuciones, los destierros y la balumba de tiranías de que eran víctimas aquellos queridos hijos, que no sabian ó querian ser suficientemente vasallos.

—Si, yo soy, serenísima señora,—dijo el conde un tanto aturdido, á pesar de que, como sabemos, la audacia y la sangre fria determinaban en gran manera su carácter.

Verdad es que el amor, que lo domina todo, que trasforma los séres, acababa de modificar al conde.

—¿Y qué haces aquí?—dijo la princesa.—¿Con qué objeto estás aquí?

El conde no supo qué contestar, vaciló, y al fin dijo:

—Al volver á mi casa esta noche, señora, he sabido que se me habia buscado con la órden de que viniese al Pardo á montar la guardia; el primer batallon de mi regimiento habia partido con este objeto, y ocupaba mi lugar el teniente coronel marqués de Dos Puentes; monté á caballo, y vine.

—¡Ya!—dijo con suma ligereza doña Maria Luisa.—Y como la parada no puede tener dos jefes, y